

LA CAIDA DEL TEMPLO: UNA LLAMADA A LA FORMACIÓN

El sentido de la vida religiosa en nuestro mundo sigue siendo una “quaestio disputata”. No podemos, en este ámbito, vivir de certezas ni seguridades adquiridas una vez para siempre. Sobre todo, ante los urgentes problemas que acucian a nuestros contemporáneos. En este artículo, su autora, conocida por sus obras que se plantean la revitalización de la vida religiosa, destaca los retos a los que debe responder la formación para la vida religiosa (la viabilidad de la misma vida religiosa, su valor, el papel de la vida religiosa en la Iglesia, el feminismo, los ministerios, la vida espiritual). Sólo dando una adecuada respuesta a estos retos no perderá significatividad la vida religiosa en nuestra Iglesia ni en nuestro mundo. En este sentido, es relevante la experiencia del pueblo de Israel, para el que las sucesivas destrucciones del Templo implicó el paso de ser “pueblo de un lugar” a ser un “pueblo del libro”, y de ser el “pueblo del sacrificio” a ser el “pueblo de la palabra”, ganando en fecundidad y creatividad, a pesar de lo doloroso y traumático que había podido ser el cambio.

La caída del Templo. Una llamada a formación, Vida religiosa 93 (2002) 12-20

La vida religiosa lleva mucho tiempo en una encrucijada. Muchos de los religiosos de hoy llevan casi toda su vida en esa situación. Ha sido una época apasionante, pero también difícil. No ha sido, sencillamente, un tiempo de reajuste. Los períodos de reajuste son parte normal de la vida. La incertidumbre que agita, en todas partes, a congregaciones y comunidades se debe a las diversas opiniones sobre lo que exactamente necesita reajustarse.

Algunos quieren que las cosas sigan “tan buenas” como les parecían antes del Vaticano II: quieren ministerios prósperos y estables, la aprobación de la gente, un puesto cómodo en la Iglesia y privilegios en la sociedad. Otros, en cambio, quieren que la vida religiosa sea totalmente diferente de lo que fue: quieren libertad, independencia, autonomía y ministerio profesional sin costos ni presiones. Algunos grupos han intentado mantener o dar vida a la vida religiosa preconciando repitiendo lo antiguo y haciéndolo mejor. Algunos de estos grupos existen todavía y son eficaces, pero su modelo no se ha impuesto.

Otros grupos han realizado una tarea de renovación imponente. Todo lo anterior a 1962 ha sido desempolvado, pintado y vendido como si fuera nuevo. Bajo la cáscara de lo viejo, emergieron horarios, estilos de vida, ministerios nuevos. Los ministerios tradicionales, las antiguas formas de rezar y las situaciones comunitarias fueron sometidos a cambios cosméticos. A pesar de las nuevas formas de vestir y de las nuevas actividades, en el fondo, poco o nada ha cambiado realmente. Ni el cambio de lugar, ni la reconstrucción del pasado, ni un mero sacarle brillo son respuesta en la situación presente. La historia nos avisa de las consecuencias de ambas opciones.

LA EXPERIENCIA DE ISRAEL

Tras la destrucción del Templo de Jerusalén (563 aC) Israel trató de reconstruirlo conforme al modelo del primero. El resultado fue nostalgia de la gloria pasada, pobre imitación de un período glorioso, intento superficial de resolver un problema fundamental. Y no duró.

El segundo Templo, a pesar de su expansión bajo Herodes, se derrumbó con la misma facilidad que el primero. Nada nuevo tenía que ofrecer a la nación judía ante los nuevos asaltos y los retos extranjeros.

Sólo entonces se hizo el cambio fundamental. Cuando el pasado se vivió como pasado, *el pueblo del lugar* pasó a ser *el pueblo del libro*. Cuando el nuevo intento de reinstitucionalizar el sacrificio demostró ser débil como el pasado, *el pueblo del sacrificio*, se convirtió en *el pueblo de la palabra*. Los judíos del desierto se convirtieron en judíos de la diáspora y una religión nacional dio lugar a un movimiento internacional extendido por todo el mundo.

Después de la destrucción de los dos Templos, la confesión de Yahveh en Israel se convirtió en la confesión de Yahveh en el mundo. Expulsado de donde estaba, Israel se convirtió en una nación de testigos en dispersión.

La vida religiosa debe entender que el primer templo ha caído y que el segundo es endeble hasta la médula. Somos llamados a un compromiso más profundo que el que hemos vivido hasta ahora. A salir de nuestro escondite y entrar en la casa de Dios; a pasar de una piedad centrada en uno mismo a una oración profunda; del estado clerical al compromiso cristiano; del cenáculo al pie de la cruz.

No podemos pretender ser formadores mientras no formemos para las nuevas orientaciones. Es tiempo de que nos hagamos otra vez pueblo nuevo. La formación de comunidades de renovación y de los candidatos que se incorporan a ellas no es hacer un sinfín de cambios, por útiles que fueran para permitirnos una presencia más encarnada en el mundo. La verdadera formación pasa por vivir la vida y llevar el carisma en formas radicalmente nuevas a lugares abominables.

PRESENTE Y FUTURO DE NUESTRA VIDA

La falta de claridad sobre la propia razón de ser de un grupo lleva a la anomia. Los que la padecen se desvían hacia la mediocridad, la muerte de la relevancia y la oscuridad del corazón. Ello lleva a una enfermedad del alma que envenena el ambiente y cansa al espíritu, hace bajar el nivel de la risa, y erosiona la fuerza del amor. Nos permite pactar con una vida cómoda y nos invita a dedicarnos a holgazanear.

“Para dar significado a la vida hay que fijarse un objetivo mayor que uno mismo” (W. Durant). Las viejas razones no movilizan los corazones en este mundo nuevo. Mientras vemos gente que muere de hambre, privados de pan por los presupuestos militares y la deuda externa, no es tiempo de una pobreza simbólica que da seguridad, de una castidad que aísla y de una obediencia que conforma. Nuestra seguridad es precisamente lo que nos mata, nuestro aislamiento nos separa del evangelio y nuestra obediencia nos hace inútiles servidores de sistemas opresores e injustos. Hemos convertido unos votos que deberían liberar a la persona en distintivos institucionales que nos hacen esclavos de *standards* económicos, niveles sociales antisépticos y sistemas patriarcales frente a los que afirmamos ser contra-cultura.

Hablar de formación y no hablar de vivir alocadamente es dar más importancia a la reconstrucción del templo que a vivir la Torah. Como el pueblo escogido, nos enfrentamos con seis grandes problemas y debemos afrontarlos. Si no lo hacemos el futuro de la vida religiosa está muerto.

La viabilidad

Demasiadas comunidades cambiaron para sobrevivir y, cuando vieron el costo social que esas transformaciones suponían, dejaron de cambiar por la misma razón. Esas comunidades se desprendieron de viejas costumbres pero no pudieron liberarse de anticuados ministerios y viejas mentalidades.

Una nueva generación encontró personas buenas ocupadas en quehaceres viejos y no arriesgadas para emprender nuevas tareas. Hace decenios que esta forma antigua está muerta. ¿Qué queremos hacer cuando la muerte nos sorprenda: las tareas del siglo pasado que están desapareciendo o las obras del siglo siguiente que está comenzando? Hoy ya no hace falta imaginación, como en los años 60, para redefinir el papel de religiosas y religiosos. Las necesidades están muy claras: las multitudes sin hogar, los experimentos ecológicos, el hambre, la paz, el sida, la globalización, el nuevo orden mundial, los programas educativos, la hospitalidad, el feminismo, la muerte del espíritu –incluso en las iglesias.

Programas de formación que no alientan el servicio gratuito a los pobres, la presencia en los problemas de actualidad, el compromiso con la teología de la liberación y el feminismo, no forman para la viabilidad.

La vida religiosa valdrá la pena, tendrá autenticidad si hace algo para llevar el reino de Dios a los lugares en los que está más ausente. Cuando la vida religiosa se convierte en un monumento a sí misma no es viable, aun cuando siga existiendo.

El valor de la vida religiosa en sí

La vida religiosa es la que más atrae a algunas personas y más les llena espiritualmente. No es el mejor camino ni el más excelso, sino el único para que, esta persona concreta tenga vida plena en el reino de Dios. Es una vida empapada de las Escrituras frente al cruel e insensible orden del mundo. La vida religiosa es un coro de buscadores en medio de la opulencia que genera pobreza y de un poder que alimenta desvalimiento. La vida religiosa es un grupo de personas unidas por un ideal frente a los ricos cegados por su riquezas, y los inhumanamente empobrecidos que, desesperados por su pobreza, ansían tener más.

La vida religiosa va contracorriente en el tiempo. Su función es crear grupos, suficientemente auténticos, que estimulen a las personas que desean vivir la misma vida evangélica, pero en soledad. Grupos capaces de proporcionarles un hogar en las tempestades de la vida y de manifestarles una calidad de vida que difícilmente pueda olvidarse. Mientras el alma humana anhele la verdad de lo intangible y las religiosas y religiosos estén enraizados en el lado espiritual de la vida, merecerá la pena vivir la vida religiosa.

Un programa de formación que no forme en la historia de la espiritualidad y en el papel social de la vida religiosa, nacida para servir en cualquiera de sus formas, dará lugar, en el mejor de los casos, a una jerarquía estéril de pseudo-chamanes, si es que da lugar a algo.

Nuestro papel en la iglesia

La tensión con la Iglesia institucional es una parte histórica del desarrollo de las congregaciones religiosas. Cuando religiosas y religiosos hacen lo que se supone que deben hacer en la Iglesia y en la sociedad –abrir espacios nuevos de servicio, plantear cuestiones nuevas, desarrollar funciones nuevas- la tensión es casi inevitable.

La Iglesia institucional no quería a las religiosas en las calles ni siquiera para alimentar a los que pasaban hambre. Tampoco quería que las mujeres hicieran de enfermeras ni siquiera cuando los varones morían en los campos de batalla. No quería que enseñasen a los niños, ni siquiera a los pre-adolescentes. Y no hace más de treinta años no quería mujeres en las clases de teología. Pero las religiosas hicieron todas estas cosas, a pesar de las resistencias de la Iglesia.

Estirar la institución es una de las funciones de la vida religiosa. Los documentos hablan de “dimensión profética”. Los burócratas eclesiásticos lo llaman con frecuencia “desobediencia”. La mayoría de los apostolados que hoy exhiben, con orgullo, en los directorios oficiales católicos (comedores, centros de justicia y paz, casas de acogida, para enfermos del sida, refugiados, centros de espiritualidad), fueron comenzados por las religiosas durante estos últimos veinticinco años. Años que se suponía eran el tiempo de nuestra extinción y mientras se reprendía a las religiosas por no permanecer en las escuelas y no vestir hábito.

Y la tensión continuará si religiosas y religiosos siguen haciendo lo que se debe hacer. Los programas de formación que no enseñen la histórica tensión entre carisma e institución, no desarrollarán la valentía necesaria para preservar el carisma en una era de instituciones. Puede que precisamente cuando nos hacemos dóciles hijos de la Madre Iglesia corramos el riesgo de hacernos también hijos subdesarrollados, amantes y amables, pero dependientes y llamativamente faltos de imaginación. En una época en la que muchas cosas ya no pueden hacerse ni vivirse como antes, se espera de las religiosas y religiosos llamadas que despierten a la Iglesia.

El feminismo

El feminismo no es una ideología política basada en el chovinismo femenino. El feminismo invita, tanto a hombres como a mujeres, a mirar la vida de otra forma. Honra los valores femeninos y los considera tan necesarios para la empresa humana y el proceso de toma de decisiones como los masculinos. Rechaza la dominación; abriga la sospecha de un Dios varón que es espíritu puro; se rebela contra las violaciones de mentes, almas y cuerpos, aunque se realicen en nombre del matrimonio y la obediencia o invocando la “tradición”.

El feminismo afecta al apostolado, a la teología y la espiritualidad de todos, mujeres y varones. Muchos hombres y mujeres rechazarán una vida religiosa que no use su considerable influjo, educación y poder corporativo para oponerse a la degradación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. Debemos formar tanto a los hombres como a las mujeres para el feminismo. Todos los noviciados deben enseñar la condición de la mujer en el mundo, las inconsistencias teológicas que cultiva el chovinismo eclesiástico y el peligro que entraña para el mundo la institucionalización del machismo.

Seguramente el feminismo es el problema más difícil de ver y el más peligroso, porque es el que más en conflicto nos pone con el curso de la historia. Si cerramos los ojos al problema feminista, la vida religiosa no tardará en morir víctima de su propia enfermedad sexista.

Los ministerios

Debemos existir para la gente para la que Jesús existió: leprosos, descastados, mujeres, pecadores, muertos vivientes. Hoy se traduce por vagabundos, pobres, invisibles, sucios, ruidosos, incultos, desesperados. Podemos andar con los ricos y poderosos, sólo si les hablamos de los pobres y desposeídos, como hizo Jesús en la casa del rico.

No es fácil. Si las comunidades religiosas han de existir en el próximo siglo tendrán que comprometerse, de forma clara y corporativa, con las necesidades de los pobres. Religiosas y religiosos deben preguntarse en qué están implicados, como congregación, y quién lo sabe. Las congregaciones religiosas hicieron de baluarte contra la ignorancia, el analfabetismo, la enfermedad, el abandono y el secularismo. Invertíamos todos nuestros recursos en estos objetivos. Ahora contamos con los grupos mejor instruidos del mundo y nuestros miembros tienen una alta visibilidad profesional, mientras que las congregaciones se han hecho casi invisibles.

Mientras no dirijamos nuestra energía corporativa a los problemas sociales de nuestro mundo, alertando a la gente sobre su importancia, defendiendo el cambio y encarnando nuevas respuestas con nuestras vidas, la pregunta sobre las razones de nuestro continuar juntos seguirá siendo válida. Una congregación sin compromiso corporativo no tiene nada para lo que formar a sus miembros.

Las congregaciones religiosas deben emitir en toda la sociedad, a todos los niveles, a través de todos sus miembros, dondequiera que estén y hagan lo que hagan, el calor incandescente del carisma congregacional sobre los problemas duros y fríos de la actualidad, testimoniando una sola mente y un solo corazón fácilmente visibles por la gente.

Ya no es cuestión de arreglar viejos edificios para nuevos tipos de trabajo. Se trata de saber qué parte del reino de Dios estamos creando, con o sin edificios. Debemos poner manos a la obra dondequiera que estemos y formar para un compromiso corporativo.

La espiritualidad

Las viejas espiritualidades de ascetismo negativo, horarios rígidos, retiro total y docilidad infantil, no pueden formar el tipo de adultos espirituales que hoy hacen falta para formar nuevas formas de ser donde existen las necesidades: en los barrios, en las calles, las casas de acogida para mujeres, con los que están solos, en las fronteras militarizadas, con los refugiados, los pobres de las ciudades o en los diarios y la televisión, que nos ponen tantas condiciones para expresar en voz alta nuestro “no” a la opresión, y nuestro “sí” al reino de Dios.

La espiritualidad privatizada no servirá. Sin embargo, hace falta una gran espiritualidad: vida de oración profunda y regular y el apoyo de una comunidad espiritual. Los programas de formación que confundan el trabajo con la oración y la profesión con el compromiso no harán sino acelerar el hundimiento de una buena estructura bajo el peso del fracaso.

Quién sabe cuántos factores de maldad cambiarán con el trabajo que hacemos. Pero esto no es lo importante. Lo importante es que, empujados por el Evangelio, movidos por la justicia y sostenidos por la oración, sigamos adelante.

Las lecturas del Domingo de Ramos hacen al caso: Jesús cabalgó sobre un borrico entre la gente contemplando su cosecha, como todos los granjeros que agitaban el ramo de palma en reconocimiento de la bendición de Dios, durante la fiesta judía de la cosecha. Y las Escrituras lo indican claramente: Jesús cayó en la cuenta de que su cosecha había sido pobre. Al parecer, todo su trabajo se había venido abajo. Esta multitud no estaba gritando las bienaventuranzas, sino pidiendo un Rey. No habían entendido nada. Y Jesús lloró después sobre Jerusalén, expulsó del Templo a los cambistas de dinero, se levantó en la sinagoga y empezó de nuevo a predicar.

Hace falta fortaleza de espíritu para caer y no darse por derrotado. De otra forma confundiremos el éxito con el compromiso. Debemos formar en la oración. “La finalidad de la oración, hijas mías,” repite muchas veces Teresa de Ávila, “es buenas obras, buenas obras, buenas obras”.

FORMAR PARA LA VIDA Y LA CONSTANCIA

Viabilidad, finalidad, Iglesia, feminismo, apostolado y oración, son los puntos para la formación en esta hora. Cuando millones y millones de personas son analfabetas y dos tercios de ellas son mujeres, ¿cómo podemos afirmar que formamos religiosas y religiosos si no los formamos para eso? Cuando el capitalismo es cada día menos humano ¿cómo formamos si no lo tenemos en cuenta? Cuando estamos envenenando el planeta y ni siquiera los religiosos reciclamos, ahorramos energía o estudiamos el problema ecológico ¿cómo formamos sin crear esta conciencia? Cuando las exportaciones más importantes del país, que se llama guardián mundial de la libertad, son de armamento y no de trigo, cuando rehusamos ser un *estado de bienestar* para convertirnos en un *estado para la guerra* ¿cómo podemos ser religiosos y no formar con este fin?

Necesitamos programas de formación que sirvan y eduquen a los pobres y apoyar programas que les posibiliten su propia defensa y crear relaciones que desenmascaren la miserable vida de los pobres. Estas son las bases de la formación religiosa. Y ninguna puede reducirse a un libro de texto ni al estudio de las constituciones de la congregación. Todos estos rasgos deben estar vivos en la misma vida de la congregación. Entonces la vida religiosa será la vida de Jesús, cuyo templo destruido se levantó de nuevo Glorificado.

Debemos formar para una vida religiosa que use las instituciones pero que no esté definida por ellas. Debemos formar un pueblo que siga a Jesús, que anduvo de Galilea a Jerusalén tocando a los impuros, confraternizando con los pecadores, entrando en discusión con los maestros, dando a los hambrientos un alimento que no tenía, hablando a los ricos a favor de los pobres y orando en las cumbres de los montes, en las sinagogas y en lugares apartados.

Para crear una vida religiosa profética ahora, necesitamos formar para la seriedad, para la consistencia alrededor de una convicción, no para un perfeccionismo piadoso. Debemos formar para una dedicación generosa, no para un individualismo patológico en nombre de la autorrealización. Debemos formar para el riesgo, no para la aceptación social ni la conformidad comunitaria. Debemos formar para la crítica social, dispuestos a enfrentarnos a cualquier sistema que haga pobres a los pobres, que hable de justicia y mantenga la opresión; que hable de la voluntad de Dios identificándose, él mismo, con esta voluntad. Debemos formar para hacer

comunidad con los extraños, para el amor a los que son distintos en un mundo global. Debemos formar para vivir con lo suficiente, no para una pobreza, basada en “permisos”, que nunca experimenta necesidad y vive gozosa en sus seguridades. Debemos formar para vivir con “langostas y miel” en un mundo plagado de trajes de ejecutivo. Debemos formar para la marginación voluntaria, para el alejamiento del sistema, más que para ocupar un puesto privilegiado en él. Debemos formar para el profetismo más que para la obediencia y la corrección eclesiástica. Debemos formar para la Torah, más que para un Templo destruido y muerto.

No estamos sufriendo una crisis vocacional: Dios nunca deja de confortar a su pueblo. Tenemos una crisis de espiritualidad y una crisis de relevancia. Ningún programa podrá compensar esto. Pero si nuestros corazones están inflamados ningún esfuerzo será excesivo. Un relato sufí habla de la anciana que iba en peregrinación a la cumbre de una montaña en pleno monzón. “No podrás llegar a la cumbre con este tiempo” le dijo el mesonero. “Oh amigo,” replicó la anciana, “mi corazón ha estado allí toda mi vida. Ahora es cuestión de llevar también allí mi cuerpo.”.

Ahora es tiempo, en la historia de la vida religiosa, de formar para la peregrinación; para ignorar las tormentas que nos rodean y seguir adelante hacia el lugar en el que nuestros corazones aguardan desde siempre a nuestros cuerpos.

Condensó: CARLES PORTABELLA